

XIV Domingo de Tiempo Ordinario

- **Is 66, 10-14c.** Yo haré derivar hacia ella, como un río, la paz.
- **Sal 65.** R. Aclamad al Señor, tierra entera.
- **Gál 6, 14-18.** Llevo en mi cuerpo las marcas de Jesús.
- **Lc 10, 1-12. 17-20.** Descansará sobre ellos vuestra paz.

1. ¿Qué dice la Palabra de Dios?

En el camino a Jerusalén, Lucas describe la misión de los setenta y dos discípulos. Así nos habla proféticamente de una Iglesia en camino para anunciar el mensaje de Jesús.

Jesús envía a los discípulos **de dos en dos**. No nos envía solos, no quiere una Iglesia de francotiradores. No es el individuo, sino la comunidad quien evangeliza.

Y los envía **a todo el mundo**. El 72 tiene un sentido de universalidad —en Gen 10 las naciones paganas son 72—. La universalidad es doble: la salvación es para todos y la misión también. Toda la Iglesia es misionera. Todo cristiano ha de ejercer su vocación, recibida en el bautismo, de ser sacerdotes, profetas y reyes.

Jesús va señalando las condiciones y los modos de misionar:

- Rogad al dueño de la mies: el evangelizador ha de encomendar al Señor su tarea.
- Envíe obreros a su mies: todos somos responsables de la evangelización.
- No llevéis bolsa...: el misionero ha de confiar totalmente en Aquel que le envía. El éxito de la predicación no depende de los medios humanos, sino de la gracia de Dios.
- Paz a esta casa: el Evangelio viene a otorgar a los que lo acepten la paz, que es la síntesis de todos los bienes divinos.
- Quedaos en esa casa: la presencia de la Iglesia crea comunidad.
- Sanad a los enfermos: como signo de la presencia del Señor que salva.
- Está cerca el reino de Dios: ya en ellos está plenamente el Señor que los ama.
- Hasta el polvo de las sandalias... lo sacudimos en señal de protesta. La fe no se impone, se propone; cuenta con la libertad de quien recibe la Noticia.

La perícopa termina con la alegría de los discípulos que regresan de la misión. Han visto los signos que la Palabra ha realizado, cómo los espíritus del mal y del pecado han quedado dominados por la fuerza de la Palabra. Pero, la alegría más grande en el evangelizador es la de sentirse amado por Dios, realizando el proyecto del Padre, que se manifiesta Jesús. El evangelizador participa del gozo de contemplar los signos de salvación que, por su medio, va realizando el Espíritu del Padre y del Resucitado.

2. ¿Qué nos dice la Palabra de Dios?

- A pesar de los años, seguimos experimentando el gozo de la vocación bautismal que nos invita a vivir y compartir con los otros el Evangelio. ¿Damos gracias al Señor por habernos ha elegido para vivir la alegría de nuestra vocación como misioneros en la Iglesia?
- Jesús nos anima a vivir alegres porque nuestros nombres están escritos en el cielo. Cuando la tarea misionera sea dura y aparentemente ineficaz, es el momento de dar gracias al Padre, que nos ama, y nos ha unido a la tarea de su Hijo Jesús.
- Jesús nos anima a seguir adelante, no paralizar nuestro esfuerzo misionero porque no se vean los frutos. A nosotros nos toca sembrar y sembrar. Otros cosecharán.

3. ¿Qué le respondemos al Señor?

Señor, pongo lo que soy y lo que tengo al servicio de la Buena Noticia de tu salvación. No quiero atribuirme ningún éxito. Ni me dejaré desanimar por los fracasos de mi actuación. Quiero poner en Ti, Señor, mi tarea pastoral en todos los aspectos. Si Tú quieres, envíame, una vez más, a ser tu apóstol. Nuevamente quiero escuchar tus palabras de envío: ¡En marcha!. Tú eres el que haces fructificar mi tiempo, mis palabras y mi cansancio. Gracias, Jesús, por haberme elegido como discípulo y misionero.